

ser marcada por la intuición del fracaso. Y creo que hay una ética en la que se refleja también el ambiente social. La suerte está ahí y encontrar el amor es una fortuna porque hay gente incluso que se muere después de cuarenta años casado sin haber conocido el amor, pero, además de una suerte, es también una ética de la alegría, es considerarte con el derecho a ser feliz, y hay mucha gente que renuncia a ese derecho o que lo confunde, el que se humilla y el consumista que va buscando amores para descambiarlos como se descambia un objeto en El Corte Inglés, habla también del tipo de sociedad en la que vivimos.

– Ángel González contaba que llegó en algún momento de su vida a dudar de la utilidad de la poesía para cambiar las cosas, aunque esa visión duró poco, hasta que comprendió que la poesía sirve para cambiar nuestra visión del mundo y, por tanto, el propio mundo. ¿Comparte su visión? ¿Ha sentido también alguna crisis de ese tipo?

– Ángel, sobre todo al final de los años sesenta, publicó algunos poemas de una ironía casi sarcástica porque decía que perdió la ilusión en las palabras. Fíjate que es alguien que se había educado en una familia de derrotados, a los que la guerra había pasado una factura muy fuerte y después de muchos años de esperar el cambio veía cómo pasaban los años y no cambiaba nada. Entonces pensó en inutilidad de las palabras, que es como pensar en la inutilidad de la ilusión humana por transformar la realidad. En seguida superó esa crisis. Yo he aprendido a convivir con la literatura en el interior de esa crisis. El intelectual orgánico, el comprometido tradicional, tiene ya poco sentido en la sociedad contemporánea. Primero porque nos hemos llevado muchas sorpresas desagradables. Ha habido mucha gente que ha creído que escribir un poema a un gran líder constituía una lucha por la libertad y ese líder ha resultado ser un tirano con cientos de crímenes a sus espaldas. De manera que es mejor no convertirse en el poeta portavoz de un partido y divulgar panfletariamente sus valores, sino matizar siempre y defender tu independencia absoluta, hacer

**«Es mejor no convertirse en el poeta
portavoz de un partido y divulgar
panfletariamente sus valores»**

un ejercicio de conciencia y no asumir ningún tipo de ideología que puede ser tanto patriótica, como política, religiosa o cualquiera que esté por encima de tu propia conciencia. Pero por otra parte es que un escritor que viva en su tiempo y no sea tonto se da cuenta de que las corrientes de opinión hoy no las genera un trabajo intelectual de alguien que escriba un buen poema o un buen ensayo. Un telediario bien manipulado sirve para crear una opinión con mucha más rotundidad que el mejor poema del mejor de los poetas. De manera que la idea de ese poeta sacerdote, faro de la humanidad no tiene mucho sentido. Está bien poner en crisis la idea del poeta comprometido tradicional, pero eso no significa renunciar a una fe en la utilidad de las palabras porque si la literatura es un diálogo entre conciencias, entonces tiene un espacio de transformación de la realidad y en ese sentido, al igual que Ángel, creo que si al escribir creamos un mundo y nuestra imaginación reflexiona sobre ese mundo, al mismo tiempo estamos participando de la transformación del mundo de todos. Y en eso yo si creo por mi propia experiencia como lector. Cuando se habla del éxito con los lectores, la gente cree que estás pensando en vender más o menos y el éxito del diálogo con el lector lo que hace es justificar el hecho literario por sí mismo. Si yo soy consciente de que soy como soy por los libros que he leído, si parte de mi vida ha transcurrido con un libro en las manos, si lo que yo entiendo como el amor, el odio o la ética en mi vida se debe a los libros y a los poetas que he leído, tengo que estar seguro de que a lo mejor mis libros pueden llegar a alguien y hacerle crecer de una manera determinada. Así que sé que la literatura interviene en la realidad porque ha intervenido en mí.

– *Habla de ese diálogo con los lectores y precisamente abre el libro con una parte que titula Preguntas en la que interpela a un lector futuro: «agradezco el azar de esta ocasión/ en la que tú me salvas del olvido./ Pero no me consuela,/ si yo no puedo recordar la vida» ¿Le preocupa la posteridad o, como dice en otro poema del libro «al final sólo importan el amor y la muerte».*

«Alguien que no sea tonto se da cuenta de que las corrientes de opinión no las genera un buen poema o un buen ensayo»

– Quería empezar con un diálogo con el lector porque es mi concepción de la poesía y porque hay toda una tradición de ese tipo de poemas que yo admiro mucho, estoy pensando en el poema que le escribe Luis Cernuda a su lector futuro. Y como yo iba a hablar de mi vida quería dejar claro que no se trataba de desahogarme en un monólogo, sino de una reflexión compartida. Pero por otra parte quería dar una vuelta de tuerca para acabar diciendo que la inmortalidad importa menos que la propia vida y la propia dignidad. Le agradezco por adelantado al lector que me lea dentro de cincuenta años pero mi batalla no es llegar a que se hable de mí después de mi muerte, porque a mí lo que me ha preocupado es el aprovechamiento de la propia vida. Porque la literatura sirve cuando deja de ser literatura en el sentido más técnico de la palabra para convertirse en un diálogo sobre la vida. Y al final importan el amor y la muerte porque representan el deseo y la realidad, la ilusión por crear, por vivir, por dignificar la vida, y la lucidez que nos pone delante las limitaciones y nos recuerda que somos seres mortales. En mis primeros poemas, cuando era adolescente, me interesaba que en la posteridad hablaran de mí, pero llega un momento en que acaba interesándote lo que tú puedas decirle a los demás, y lo que a mí me gustaría cuando me muera es seguir siendo un ejemplo de defensa absoluta por la vida, y de que se pueda apreciar la lluvia que prepara la tierra y el sol que la calienta para que todo viva y dé su fruto

– *Como es habitual en estas entrevistas, he pedido una pregunta «prestada», en este caso a un novelista amigo suyo, Alfredo Bryce Echenique, que quiso preguntarle lo siguiente: «¿Vallejo o Neruda? Ángel González, además de inclinarse abiertamente por el primero, reconocía tener una deuda con él, una influencia, incluso. ¿Sientes que ocurre algo similar en tu caso?».*

– Una de las mejores cosas de la literatura es su variedad. La poesía es muy rica, no hay que elegir entre Góngora y Quevedo, o entre Juan Ramón y Machado. Tampoco entre Vallejo y Neru-

«La literatura sirve cuando deja de ser literatura, en el sentido más técnico, para convertirse en un diálogo sobre la vida»

da. De Vallejo me gusta su intensidad humana y su capacidad de imaginación a la hora de convocar elementos muy diversos en las enumeraciones del poema. Los quiebros imaginativos de Vallejo son perspectivas de una realidad abrazada. Maravilloso. De Neruda me alegra su fuerza lírica, su capacidad para el verso. Llega a ser tan grande como poeta que molesta a muchos poetas. Ángel, que admiraba a Neruda, se encontraba más cerca de Vallejo. Yo, como poeta, admiro a Vallejo, pero asumo más la herencia de Neruda. Le dediqué un capítulo en mi libro *Los dueños del vacío* (2006), y en *Vista cansada* hay un recuerdo claro de las *Odas elementales*. La conciencia lírica de Pablo Neruda, esa que piensa por debajo de las formas, me resulta una lección comparable a la de Luis Cernuda ©

«La conciencia lírica de Pablo Neruda, esa que piensa por debajo de las formas, me resulta una lección comparable a la de Luis Cernuda»